EN NOMBRE DEL PADRE

EXTRACTOS DEL GUIÓN

(...)

SEQ. 2 EXT / INT NOCHE / CUEVAS DEL SACROMONTE

Es la juerga después del espectáculo. En una cueva de Sacromonte, una de las cuevas donde Manolete bailaba para los turistas cuando era un niño, la familia al completo está reunida: hermanos, primos, amigos, todos son artistas flamencos profesionales o aficionados... Al principio es un tipo de euforia ruidosa - pero íntima, donde estallan risas, y donde las complicidades y los gestos tiernos deberán de ser captados a la velocidad del relámpago, aquella juerga en pequeño comité se concentra poco a poco sobre el arte.

Se convierte entonces en un momento privilegiado porque todo el mundo está relajado y porque se canta, se baila o se juega sólo por gusto. Esta intimidad permite el duende: es dentro de ese círculo estrecho que ocurren cosas sorprendentes; uno tras otro y de manera improvisada, los artistas se entregan, se despojan para dar lo mejor de sí, todas generación confundidas: hasta el mismo

Manolete se lanza en medio del pequeño grupo con una serie de movimientos improvisados por bulería, luego un sobrino toma el relevo, mientras que las palmas que acompañan el canto de una mujer mayor cuya vitalidad parece inagotable, no se aflojan un sólo momento, y nunca se salen de este ritmo frenético y extraordinariamente preciso.

De repente, un meteorito se proyecta en el centro del círculo: es el pequeño Iván, un sobrino de unos 12 años quien se lanza como una fiera. Comienza por dar palmas "redobladas", luego sigue con un zapateado rapidísimo, todo con un fervor que hace temblar todo a su alrededor. Ante este "volcán" familia y amigos están conmovidos.

SEQ. 3 EXT/ALBA CALLES DEL ALBAICIN

Granada, el barrio histórico del Albaicin.

Dos hombres salen del lugar donde se desarrolló la juerga, probablemente son los últimos ya que despunta el alba: se trata de Manolete y Jaime Heredia " El Parrón", bailar y cantador, respectivamente.

Manolete arrastra a Jaime por los callejones que serpentean subiendo hacia el Sacromonte. Se cruzan con otros juerguistas que cantan lo que se puede oír como una última letra, bastante ebrios.

Manolete y Jaime suben por los estrechos callejones, con este paso que tiene un muy ligero y elegante balanceo, tan característico de los gitanos flamencos.

Las sucesivas capas de cal con la que están recubiertas casas y paredes, podría hacernos creer que se trata de nieve, tan inmaculado es este blanco, azulado por la noche que da paso al alba.

Manolete es pequeño y menudo. Su cara es la de un príncipe oriental: tiene la nariz aguilina, los pómulos altos, unos grandes ojos negros y unos cabellos más negros todavía, largos y ondulados. Cuando se ríe sus dientes blancos estallan en su cara oscura y como camina junto a su primo Jaime, se ríe con frecuencia, porque Jaime es muy divertido. Jaime se queja, dice que está borracho y demasiado cansado para andar así y poder apreciar el panorama que Manolete se empeña en querer mostrarle.

Jaime añade que siempre ve esto bajo esta misma luz, porque de día duerme.

Su único deseo es entrar en el primer bar que se encuentran por el camino, para tomar un último café antes de ir a acostarse...

Manolete lo sermonea riéndose. El timbre de su voz es increíblemente grave, hasta el punto de sonar muy áspero, la voz de Jaime es blanca como las paredes de la ciudad, y ronca hasta la rotura. Jaime tiene miedo que su mujer le eché de casa, volviendo como siempre, de día.

Canturrea a la vez que camina: son letras de un amor desgraciado, que dicen, lastimosas, *que nadie, ni el mismo, cree en su pena.*

Manolete se ha puesto gafas de sol para proteger sus ojos de la primera luz de la mañana que rebota sobre las paredes blancas. Sigue divirtiéndose por Jaime.

Compran un periódico y Jaime, acto seguido, se pone a leer sus respectivos horóscopos, en realidad no lee: nimprovisa porque no ve nada... Así caminando llegan al parador de "San Nicolás", una plaza en lo alto, desde donde se domina todo el Albaicín y que se encuentra frente a la grandiosa y majestuosa Alhambra que domina toda la ciudad.

La poesía de esta secuencia donde deambulan los dos juntos al amanecer por los callejones del Albaicín, se debe a la belleza de la luz sobre la parte más antigua y mágica de la ciudad, pero más aún por los dos hombres: Su connivencia fina, su

humor, esta manera tan específica que tienen los flamencos de vivir la embriaguez, más que la ebriedad, es decir: en su máxima ingenuidad, elegantes más allá de esta... Hasta su andar no pierde un sólo instante su desenvoltura ni su armonía.

(...)

(...)

SEQ. 6 INT/DÍA LOCAL DE ENSAYO DE MANOLETE

El sonido de unos pasos mezclados con unos alientos acelerados acompañan el andar, hasta que llegan, al fondo de un callejón, ante una puerta.. Al mismo tiempo un sonido que nos llega poco a poco, similar al de una percusión.

Una percusión rápida y precisa que va subiendo en volumen a medida que nos acercamos a la puerta: se trata de un zapateado.

Aquella puerta está empujada por una mano que no se ve, aparece entonces una joven en sudor de una belleza racial, pasmosa.

Se trata de Judea, la hija de Manolete.

Está tan concentrada en su trabajo, o, para ser más precisos: en la frase de zapateado que compone sus pies veloces, que parece que no se ha percatado de nada.

Los que acaban de llegar -a los que seguimos sin ver todavía-, se han detenido y la observan.

Los pies siguen golpeando el suelo, atrapados en un ritmo infernal

MANOLETE (en Off)

¡No! La acabas fuera de compás...

Inmediatamente, siempre en Off, se escucha la misma frase de pies, vuelta a empezar, de manera más seca y precisa, si se puede, y más cercana a nosotros.

Judea estalla en una sonrisa tan blanca como la de su padre, como él. es muy estilizada

JUDEA

¡Papa, perdona! ¡Jaime! ¡Estoy luchando con esa Seguiriya, es imposible, palabra, me está volviéndo loca!

MANOLETE (en Off)

Hasta Luego.

JUDEA

¿Qué?!

..

MANOLETE

Volveré cuando ya no te vuelva loca... ¡Cuando la tendrás!

JUDEA

¡Pero espera!: ¡te necesito!

JAIME

¿No es la bonito eso?, Una muchacha que necesita su papá?

Se descubren por fin a Jaime y a Manolete, éste con una expresión falsamente severa

MANOLETE

¡Ya!... Lo que necesita sobretodo es una patada en el culo, porque la señorita no trabaja bastante. Hace una semana que le di esta frase, y todavía “la vuelve loca”, vamos, que no la tiene.... ¡y mete la pata!

JUDEA

Manolete, es usted muy injusto: ¡hace sólo tres días!
Y de verdad que es muy dura...

MANOLETE

Todo es duro para estos jovencitos. (un poco sarcástico) pero quieren que un teatro entero los aplauden, de pie.

JUDEA (visiblemente herida):

¡Papá! Lo único que quiero es llegar un día a bailar la mitad que tú...

JAIME (con una ironía afectuosa)

Primo, tu hija es un artista, joé...

MANOLETE

Si,... artista..., Aartista... Yo lo único que sé es que hace falta trabajar y trabajar, mucha disciplina y empeño. Luego, el arte... El transmitir...

Luego ya no depende de nosotros...

Diciendo estas palabras Manolete penetra por fin en la cueva blanca, pintada con cal, como las calles del Albaicín. Atraviesa el espacio más bien reducido.

El suelo está cubierto integralmente por una tabla de madera y un espejo llena toda una pared.

Se siente sobre una caja de Coca-Cola que le sirve de taburete.
Se quita los zapatos y se pone sus botines de ante negro. Sus pies son muy pequeños y esos botines de bailaor están hechos a medidas, especialmente dibujados por él, lo que confiere a esos pies más valor aún.

Jaime se ha quedado en el marco de la puerta, las manos apoyándose en el borde, balanceado su cuerpo hacia atrás y hacia adelante, como lo hacen los niños.

De repente suelta:

JAIME

¡Primo, me voy! Esta noche nos vemos, ¿vale?... ¡No me la maltrates mucho! “

MANOLETE

Tú también harías bien en ensayar, canalla... Nos quedan sólo cinco días.

Pero Jaime desapareció tan velozmente, que no se sabe si lo ha escuchado siquiera...

Manolete se pone una camiseta mientras que Judea, ante el espejo, reanuda su frase de pies con una energía casi desproporcionada.

Manolete, con su voz áspera y firme la detiene:

MANOLETE

Deja eso ahora, vamos a trabajar los brazos.

JUDEA (sorprendida)

Y el primo Jaime, ¿no nos va a cantar?

MANOLETE

Deja al primo Jaime... Ya sabes como es, ¿no? Muy suyo... Nada ni nadie puede con él. Cuanto más se intenta retenerlo, más se esfuma: es como los gatos...

Pero al fin, tarde o temprano, está en el momento puntero, como por arte de magia: a la hora precisa y en el lugar adecuado...

Judea muestra una expresión un poco desconcertada

Manolete se instala detrás de ella y añade suavemente:

MANOLETE (en voz baja):

Por el momento, no necesitamos a nadie...

Respondiendo a la mirada interrogadora de su hija

MANOLETE (con un tono tranquilizante)

Por el momento, no. Créeme...

Judea sonrío, Manolete no dice una palabra más y le invita con una mirada a comenzar su braceo.

Judea se ejecuta y comienza a desplegar sus brazos en un movimiento primero a penas sugerente y poco a poco ondulante. Se van elevando lentamente y su pecho, también se va abriendo, tensando.

MANOLETE

¡Eso es, hija, este pecho! ... ¡Hacia arriba, como un sol!
¡Como cuernos de toro!

Judea sonrío esa vez púdicamente, sin interrumpirse. Se aplica al máximo...
Manolete lo observa con una atención meticulosa.

MANOLETE (rozándole a penas un punto en la espalda)
¡Y estos riñones!

Con su sola mirada -extraña, como lejana e intensa a la vez- le va designando los puntos claves.

No se sabe si es el padre o el maestro quién domina en él en este momento. El maestro probablemente.

Judea está metida en el esfuerzo y su aplicación se carga de placer, se entiende que para ella se trata de un momento privilegiado.

Manolete, siempre detrás ella, se coloca ahora muy pegado a ella y con un sólo gesto, le coloca en su sitio los brazos, la cabeza... Son cositas de nada, a veces sólo se trata de unos milímetros, y sin embargo lo cambian todo.

Se inmovilizan como si fuesen una misma persona: Judea tensa en esta perfección.

En la mirada de Manolete se puede leer, por fin, un poco de calor y una satisfacción contenida pero profunda.

SEQ. 7 INT/NOCHE CUEVA JAIME

Jaime canturrea mientras va recogiendo en su cueva los restos de una juerga. Barre las colillas, recoge vasos dispersos e abandonados en los lugares más insólitos.

También vuelve a poner en su sitio el retrato de una vieja gitana con una mirada profunda, con expresión muy digna: su madre.

MARINA (en Off):

¡Papá! ¡Papá!

Una bella joven entra, con los pómulos altos como los de su padre.
Surge así, como una aparición luminosa. Es Marina, su hija mayor, 18 años.

Vuelve de un ensayo y le pasa un CD con una pequeña sonrisa contenida,
mirándole en los ojos, pero vacilando un poco:

MARINA:

No sé si te va a gustar...

Jaime la coge de la mano y se dirige junto a ella hacia el fondo de la cueva.
Allí introduce el CD en un aparato. Luego él se sienta, cierra los ojos y escucha.
Marina se sienta a su vez, con mucha delicadeza, junto él. En su cara se lee
mucho expectación.
Se trata de una ópera de música contemporánea escrita para dos voces flamencas
femeninas.

Pronto, una de estas dos voces, a la vez suave y ronca sube, llegando a una
densidad sorprendente. Es de tal madurez que no se entiende, en primer lugar que
se puede tratar de ella, Marina.

Jaime escucha concentrado. Cuando el tema se acaba, se vuelve hacia ella:

JAIME

Lo que haces es muy bonito.

Un silencio

JAIME

¿Como es la cosita esa que haces allí?... A ver, ¿como lo haces?

y Jaime intenta repetir una de las frases musicales que acaba de oír.

Se ríe porque no lo consigue, pese a que Marina lo repite varias veces, él no
encuentra el tono, no es una cuestión de agudos.

JAIME

Venga, ¡cántamela!

MARINA

¿La "Aria"?

JAIME
No. La Tona.

MARINA
¿La Tona?

Un silencio

MARINA
¿La del Cristo?

Jaime asiente con la cabeza, ya tiene ha cerrado los ojos para escucharla mejor.

Entonces Marina se pone a cantar para él: entonces es cuando comprendemos que se trataba de ella en la grabación, y el contraste entre esta voz madura y sabia y la frescura casi adolescente de la joven es sorprendente.

Su voz va tomando cada vez más potencia. Marina canta “a palo seco”, (a capella) esa Tona-

Jaime la escucha con mucho gusto, absorbo, como si estuviese en otro lugar, lejos.

Cuando Marina termina, mira a su padre

MARINA
Papá

JAIME
¿Que?

MARINA
¡Ahora tú!

JAIME
Ay hija... Me duele la garganta...

MARINA
Papá: ¡canta! ...

Marina se pone a escuchar a su padre, que sí se decidió a cantar.

La diferencia con Marina es sorprendente: no sólo ese metal de voz mucho más grave, una voz ronca siempre al borde de quebrar, es rota, sino que también tiene un sabor mucho más antiguo, más rancio. Entendemos también a la vez que Jaime no canta nunca fuera del impulso, de la inspiración. Su cante, como su personalidad, es más imprevisible, menos estudioso, más caótico pero es parte de lo que hace la belleza única de ambas cosas...

Si canta ahora es porque está a gusto, en su cueva del Albaicín y porque el cante de su hija acaba de inspirarle.

Cuando canta Jaime, su mirada se pierde hacia arriba, al igual que otros cantaores, como si la inspiración viniera de allí, de arriba, no se sabe de donde...

Pero el cante, sin duda alguna, va dedicado a Marina

Qué es aquello que reluce
en medio de los olivares
son los ojos de mi niña
que se parecen a mi madre

Jaime acaba su cante con unos *Ay* sucesivos y remata fijando sus ojos en los de Marina con una sonrisa a penas visible

Un silencio

JAIME (a Marina)

¿Que Maestro? Como lo hago: ¿bien o mal?

MARINA (quiere fingir seriedad, pero no puede contener una preciosa sonrisa)

No está mal...

Se ríen

Podemos sentir que existe una complicidad muy fuerte entre el padre y la muchacha, una complicidad llena de ternura y también algo lúdica: esta inversión de los papeles por ejemplo, mientras que en realidad es él que le ha enseñado todo sobre el cante a ella, y desde su pequeña infancia...

Pero al mismo tiempo esta complicidad parece no ser solamente de carácter filial: se nota inmediatamente una gran libertad en su relación, seguramente porque su universo y su pasión son los mismos y que en ambos la edad no cuenta, lo que, dentro de ese marco, anula los papeles convencionales de padre/hija.

Se diría más bien dos amigos que se adoran y se admira mutuamente. Salvo, quizás, que el orgullo que siente Jaime hacia su hija, es aún más evidente. Se podría fácilmente decir que “se le cae la baba” cuando escucha a Marina cantar...

(...)

(...)

(...)

SEQ. 11 INT. /DÍA SALA de REPETICIÓN MANOLETE

La cabeza de Beethoven, escupida en marfil: se eleva y se baja según un ritmo complejo, seco, preciso. Cada golpe está siendo dado a contratiempo de los golpes marcados por los pies, que no vemos en un principio.

El rostro de marfil de Beethoven es austero, al igual que lo es el rostro de Manolete, y aunque el tipo de rasgos son distintos, la misma gravedad se refleja en la expresión de ambos.

Con cada uno se podría hacer una máscara para el arte de la tragedia...

Manolete está marcando unos golpes en el suelo con ese *palo* que termina con esa cara escupida -homenaje a otro gran Maestro, más conocido del gran público.

A la luz de una sola bombilla, nos encontramos a Manolete que ensaya una Seguiriya. A su lado, silenciosos, Jaime y Pepo, el sobrino de Manolete, que entrarán en acción sólo después de haber escuchado y visto a Manolete, en silencio, con sumo respeto.

Manolete todavía no se ha levantado: sentado es como realiza estos movimientos y golpes de pies en dialogo con los que da con su bastón “de Beethoven” que le sirve de contra tiempo y de contra peso.

La virtuosidad de Manolete ensayando, intentaremos captarla, al igual que la de la magistral Farruca que realizará más tarde, el mismo día, sobre el escenario. Con mi mayor receptividad de lo que me maravilla, quisiera que la cámara sea un instrumento de música más.

Al final de ese ensayo íntimo en el que Manolete lo da todo, en un estado entre dominio y posesión, se detiene de repente: *paf*, como si acabase de estar alcanzado por las lavas de un volcán, como se quedaron los habitantes de Pompéi: aquella inmovilidad pasmosa que suspende el tiempo...

Esta inmovilidad extática que trasciende y poco a poco invade tanto el espacio como a Manolete, quisiera también ser capaz de captarla.

(...)

(...)

(...)

SEQ. 15 EXT/DÍA UNCARMEN EN EL BARRIO DEL ALBAICIN

En un “Carmen” (restaurante con gran patio, a cielo abierto -los Carmenes son específicos de Granada), cubierto por una gran parra, justo frente a la Alhambra, descubrimos alrededor de una larga mesa una decena de huéspedes: Jaime, su mujer Concha, Marina, Manolete, su hermano mayor, el gran guitarrista Juan Maya “Marote” y su hijo Pepe guitarrista que acompaña a Manolete al baile, la mujer de Manolete, y la que es su pequeña hija sumamente bella (si tuviera un círculo entre sus cejas, parecería una niña india, lo que no es sorprendente ya que según toda probabilidad, de aquel país procederían los gitanos). También presentes: Judea, unos primos y amigos del barrio.

La comida, como el resto, se improvisa y se van pidiendo platos a medida de la inspiración y del apetito gitano, que se conoce por ser especialmente caprichoso. Se bebe, se habla, de repente uno se pone a cantar una letra, y las palmas, en el acto suenan, acompañando al improvisado cantautor o a la cantaora: todo fluye en medio de las conversaciones y las risas.

“Hemos estado a gusto... Un pequeño concierto íntimo. Marina me sorprende, me tiene que enseñar unos trucos...”: esta frase de Jaime se destaca en medio del barullo.

Al nieto de Marote, un niño de unos 9 meses, se le invita a dar palmas... Ante esa petición de todos, el niño acaba por darles ese gusto...

Parece que la mujer de Manolete y la de Jaime se están confiando unos secretos y estallan sus risas, dejando a sus respectivos maridos como espectadores intrigados.

Al final de la cena, Jaime y Marina quedan con Manolete y Judea para ensayar los cuatro juntos el día siguiente.

(...)

(...)

SEQ. 18 INT/DÍA SALA DE ENSAYO MANOLETE

Entramos en el local de Manolete donde esté y su hija trabajan a solas: siguen ensayando para el espectáculo.

Sudorosos, extenuados, sus caras son distintas: entendemos que acaban de ensayar muy intensamente por sus rasgos tensos. Así unidos por el esfuerzo, transformados por la concentración y agotados, su parecido es más visible aún.

Manolete pega una última vuelta de riñón seca, perfecta, luego va a sentarse. Toma su bastón -que termina esta vez con una cabeza de águila de plata- y empieza a golpear el suelo, para marcar el ritmo, insistiendo en los acentos.

MANOLETE

No Judea, no lo tienes, ¡otra vez!

Judea repite más lentamente la frase de pies, Manolete ralentiza los golpes pero Judea no consigue llegar hasta el final de la frase.

Entonces su padre le vuelve a enseñar los pasos desde su silla. Judea s repite bien al parecer pero Manolete no está satisfecho

MANOLETE

¡No! ¡Escucha!

y marca de nuevo el ritmo con su palo, canturreando con su voz grave por encima.

Judea, sin aliento, parece desanimarse, una mueca de hastío se dibuja sobre su bonita cara pero su padre no le deja respirar.

Repite el movimiento de pies dividiéndolo, muy lentamente, pero siempre respetando el ritmo que no deja de señalar.

Judea lo intenta una vez más.

Al parecer va mejor, Manolete, los ojos fijos sobre sus pies la deja proseguir esa vez y Judea se lanza en una serie de vueltas quebradas.

Se trata de la famosa “vuelta de pecho” que parte de una posición arqueada, y dónde la cabeza se proyecta hacia abajo precipitadamente, pero sin dejar un instante de clavar la mirada en el espejo, mientras que el cuerpo gira.

Judea se precipita y se adelanta al compás, mientras que Manolete intenta retenerla en el tempo. Le marca el ritmo con su bastón

MANOLETE

¡Una... y dos...!

Ella se ejecuta, el vistazo que se echa el espejo es el de un reto.

MANOLETE

Otra vez: ¡¡la espalda!!

Judea vuelve a dar otra vuelta.

Manolete se acerca ella, le toca la parte baja de la espalda:

MANOLETE

¡“Los riñones Judea! ¡Los riñones: ¡allí está la fuerza!

Judea vuelve a empezar, se aplica al máximo.

MANOLETE

¡Otra vez! ... ¡Espacio!

JUDEA

Me está matando Maestro. Me rindo.

MANOLETE

Ni hablar.

Judea, ya sin aliento, espléndida en su agotamiento, se exclama:

JUDEA

No puedo más! (con desfachatez): mañana, pasado mañana llegaré a ser la que tu quieres, pero ahora yo tengo que descansar... ¿Vale Manolete?

MANOLETE (conteniendo una sonrisa):

No.

Silencio, Judea intentar comprobar si habla en serio.

Manolete la abraza entonces, y con mucho cariño.

MANOLETE

Venga, descansa un poco

Luego se asoma a su oído y le dice en voz baja:

MANOLETE

Tienes lo esencial...

La mira en silencio, grave y jugador al mismo tiempo

MANOLETE (en el mismo soplo)

...el temperamento lo llevas en la sangre, el estilo en los huesos,
pero una vez más Judea: ¡sólo te falta trabajo! ¿El trabajo, me oyes?

Parece una niña entre los brazos de su padre, va recuperando su respiración mientras lo escucha con total docilidad

MANOLETE

La humildad y la soledad del trabajo Judea...

Pero después...serás "mi *faraona*"

(...)

(...)

(...)

SEQ. 22 INT. /NUIT CABMERINOS TEATRO “ALHAMBRA”

En los camerinos del teatro “Alhambra”, un guitarrista está arrimado sobre su instrumento que está afinando. Cuando levanta la cabeza se descubre a ese gitano mayor, de rasgos severos: Juan Maya Marote.

Hermano mayor de Manolete vive de su guitarra desde que tiene once años.

Es uno de los guitarristas más importante de su generación.

Toda su atención está concentrada sobre las notas de sus cuerdas y cuando su hijo Pepe entra en el camerino y le saluda, apenas le responde.

Pepe frente al espejo con el torso desnudo, se pone una camisa blanca impecablemente planchada. Pasa su mano en su cabello negro con cierta coquetería- Luego saca su guitarra de su funda para afinarla a su vez.

Mientras tanto, su padre ha empezado a tocar una falseta que interrumpe para dirigirse a su hijo:

JUAN MAYA “MAROTE”

Veamos aquella... No nos sale bien todavía".

El padre y el hijo empiezan a ensayar.

En el camerino de al lado, Marina está ayudando a Judea a ponerse su vestido de escena: un vestido muy bonito negro y con volantes.

Mientras, Judea se mira atentamente en el espejo: es una mirada casi feroz, despiadada: se diría que este espejo es la única presencia que cuenta en este momento y que prosigue un diálogo secreto con él.

Alisa una vez más su cabello hacia atrás y coloca sus manos sobre sus caderas. Marina ya subió la cremallera hasta en arriba y Judea comienza una serie de movimientos en el espejo como para calentarse y comprobar una y otra vez su imagen.

Manolete pasa entonces delante de ese camerino que se quedó con la puerta entreabierta. Echa un vistazo por el hueco y le espeta a su hija, tan intransigente como siempre.

MANOLETE:

Más abierto... ¡Más amplios, los brazos!

Le seguimos, se dirige hacia su camerino, cruzando en la sombra a varios individuos más o menos identificables: técnicos o familiares, en los bastidores, hay mucho tráfico.

Manolete entra ahora en su camerino, cierra la puerta para poder estar tranquilo.

Ante el espejo comienza a maquillarse, es como un verdadero ritual.

Para él es un momento de recogimiento, de concentración, un momento en él que se encuentra con él mismo y donde su energía se centra antes de salir al escenario. Está nervioso, el miedo es inevitable, pero, según él es buena señal no haberlo perdido en tantos años:

MANOLETE

Cada vez, como cuando era niño casi, antes de salir al escenario, me invade el miedo: exactamente como si fuera la primera vez... El día que no sentiré miedo antes de salir, estaré acabado...

Mientras dice eso, fuma cigarrillo sobre cigarrillo.

MANOLETE

Pero después me lanzo... y entonces ya no veo nada

Una señal sonora anuncia los minutos que faltan para el principio de la función

SEQ. 23 INT/NOCHE ESCENARIO DEL TEATRO “ALHAMBRA”

Aparece la cara de águila de Manolete, ha entrado sigilosamente y comienza su baile.

Sus gestos son sobrios y enérgicos, Juan Maya Marote a la guitarra tiene los ojos fijados en él, en sus pies que son, por sí solo, una percusión espléndida.

La connivencia entre los dos hermanos es sorprendente, se diría que el guitarrista tiene esa intuición especial para alcanzar aquel estado de “compenetración” ideal, dándole a su toque la dimensión justa, la intensidad necesaria para que Manolete realice un farruca memorable: sus movimientos son hieráticos, como se retiene, sus brazos son espadas cortando el aire.

Desde la penumbra del escenario, su soledad parece inmensa. El silencio del público es total.

La majestad de este hombre bailando es extraordinaria, lo que hace es de una dimensión casi sobrehumana y difícil de describir, se podría hablar de “arte

sagrado"... A la vez tiene una precisión alucinante, pero también una presencia casi insostenible (para el espectador sensible, receptivo, remitido a profundidades insondables). Parece que está completamente "ido", no se sabe donde.

La musicalidad de sus pies es hermosa, llena de matices cuya amplitud es difícil de captar por los micros.

La sobriedad de sus gestos, parte de la punta del pie hasta la punta de su cabello, y tanta sutileza sólo nos llega gracias al silencio completo del público, un público muy respetuoso y sobrecogido. Como controla cada movimiento, hasta la cosa más tenue. Sin embargo son los movimientos que parecen llevarle, llevarlo todo.

Se trata del "misterio Manolete" al cual quiero rendir homenaje, y a través de él, al misterio del flamenco entero, el de las músicas milenarias...

Manolete acaba y la sala está en pie. Desaparece detrás de la cortina triunfante. Después de haber saludado humildemente, simplemente con la mano tendida hacia el público, todo en él es elegante, hasta el final...

Ahora en la oscuridad completa, escuchamos como una voz se levanta poco a poco, esta voz única, inconfundible...

Es la voz de Jaime que sube en la penumbra: poco a poco se convierte en silueta a contraluz.: él solo en un escenario, ¿que canta?: Un Martinete.

Su voz más rota que nunca quizás le duele en su garganta, pero alcanza al corazón de la oscuridad por su dolor y su dignidad... Esta voz de las obscuridades nos hechiza, está recibida en el silencio magnético de los que presencian y comparten ese momento memorable.

Ante Jaime aparece de repente, otra silueta, femenina esa: es la de Marina que llegó con tan delicado paso que no la oímos entrar.

Entonces Jaime, al igual que lo hace en la vida, le ceda claramente el paso y el lugar.

Tan sólo le posa una mano afectuosa sobre su hombro y se detiene allí, inmóvil, un poco detrás ella, detrás de las luces. Su manera de escucharla, su concentración, así como la forma en la que se eclipsa, parecen ahora las fuentes mismas de la inspiración del canto de su hija, de esa magnífica voz que se va elevando hasta llenar el espacio entero.

Poco a poco ella también llega a alcanzar un despojo y una entrega excepcionales, pero más frágil, arriesgándose fuera de su técnica, de sus facultades habituales, de su tan joven "maestría", con el fin de poder, al igual que su padre, acoger el duende tan anhelado y amado por la ciudad y por la noche de Granada.

En frente parece que la Alhambra vela también, más majestuosa que nunca bajo la luna.

(...)

(...)

(...)

© Dominique Abel